



En medio de todo este "ácido tono", surgen a veces voces conciliadoras como la del tempestuoso Calibán, que un 10. de enero de 1950 proponía el fin del desangre a través de una utópica convivencia pacífica. O como la de Alberto Lleras Camargo, al proponer por aquellas mismas calendas una *entente* partidaria que no dañara la subsistencia del juego democrático entre liberales y conservadores y, más allá, de derechas e izquierdas, consustancial a una democracia. O en Gómez Hurtado, cuando hablaba de "un consenso deliberante", o de "encontrar los matices de las cosas [como] signo de alta cultura política".

Jaimes Espinosa ha puesto un lindero preciso a lo que entiende por periodista político. Reconoce, sin embargo, el aporte del llamado redactor político, del informador diario que reseña la cotidiana pequeña historia política. Y en su antología da cabida a un ejemplo de brillante crónica política en el recuento narrativo del periodista Rodolfo García García sobre la visita del general Charles de Gaulle a Colombia (inolvidable colección de *gaffes* del presidente Guillermo León Valencia).

La *Historia del periodismo político en Colombia* informa precisamente sobre los avatares de esta omnipresente lucha sectaria. Y al desplegar la antología de editorialistas colombianos nos muestra que el análisis riguroso y desapasionado de los grandes problemas del país fue más bien un intento secundario del periodista político.

RAÚL JOSÉ DÍAZ

"Del mundo en general y especialmente del cielo"

Physica specialis et curiosa.

Nueva filosofía natural.

Manuscrito colonial anónimo, 1755

Pedro Nel Ramírez R. (transcripción, traducción e introducción).

Universidad de Santo Tomás, Bogotá, 1988, 269 págs.

En la Nueva Granada, como en otras colonias americanas, se inicia un proceso de transformación a mediados del siglo XVIII. América se encuentra influida por los brotes de la Ilustración, que va a someter a revisión en lo religioso, político y filosófico las ideas y valores en que se apoya toda una cultura y un mundo. La reorientación intelectual se manifiesta aquí con dos elementos importantes. Uno es la creación de academias (Universidad de Santo Tomás, Universidad Javeriana, Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y Colegio Seminario de San Bartolomé); el otro, la aparición de un movimiento de renovación filosófico, llamado Novatores, iniciado en España y basado en una ideología renacentista que actúa críticamente frente a la escolástica y la escuela aristotélica, dando paso favorable al planteamiento científico. Bajo esta consideración se escribió el libro cuyo manuscrito descansa hoy en la Biblioteca Nacional de Bogotá. Es un tomo encuadernado en pergamino, de color trigo y hermosa letra, dividido en dos partes: *La Metaphysica*, escrita en 1756, y *La Physica Specialis et Curiosa*, en 1755. Esta última es la que publica, como un aporte a la bibliografía de la filosofía colombiana, la Universidad de Santo Tomás. La traducción del latín se debe a Pedro Nel Ramírez, quien además le dedica un estudio introductorio.

Las razones de su divulgación obedecen no sólo a su carácter de documento histórico sino también a la consideración de que se trata de uno de los primeros trabajos de carácter filosófico-científico producidos duran-

te la colonia en Santafé de Bogotá y que expone una concepción del mundo y de la naturaleza humana basada en autores como Copérnico, san Agustín y Platón, entre otros. Uno de sus méritos es, precisamente, haberse adelantado a Mutis en la presentación en la Nueva Granada del heliocentrismo copernicano en 1773.

El manuscrito, como tantos de la colonia, permaneció desconocido durante 162 años, hasta cuando lo descubrió, en 1917, J. Franco Quijano. A partir de esa fecha se comenzó a divulgar su existencia, y muchos son los que aluden a él en distintos años (1929, 1949, 1952), pero nadie hasta ahora se había dedicado a su análisis. Ramírez ha realizado, junto con su trabajo de traductor, una muy buena labor de investigación, que permite ver el momento en que la obra se produjo, quién fue su autor, qué método utilizó, las fuentes en que se fundamentó, la postura que tomó y otros tantos datos importantes para el conocimiento, no sólo del libro sino, así mismo, del pensamiento neogranadino.

Este "tratado", como el autor anónimo lo llamó, se propone analizar temas "deleitables a la razón y útiles para la vida". Lo de agradable a la razón se comprende por sus guías para la teorización a partir de la experiencia, la naturaleza y la razón. Esta última, y el modo experimental, dan al autor cierto carácter de modernidad y veracidad: parece, de cierto modo, querer cambiar las ciencias especulativas por las ciencias exactas. Útil para la vida es la nueva filosofía natural o física que, además de referirse a Copérnico y su sistema, trata otros contenidos importantes: los eclipses, los meteoros, las distancias entre los planetas, la forma de la tierra (achatada en los polos, abultada en el ecuador) y sus componentes internos, etc.

La segunda parte del libro consta de cuatro capítulos. El primero, "Del mundo general y especialmente del cielo", se inicia aclarando el concepto de mundo, concebido aquí como "el conjunto de todas las naturalezas del universo". Seguidamente el autor expone sus conocimientos acerca del asunto mediante el recurso de pre-

gunta y respuesta, con objeciones al modo de Descartes en sus *Meditaciones metafísicas* (1641). Acerca del mundo señala que sólo existe uno, pues fuera del conjunto de todos los posibles no hay nada posible y, por lo mismo, no existe otro. La idea que lo destaca en su época denuncia el poco progreso de los antiguos astrónomos y, en cambio, recalca el de los nuevos, que siempre corregirán y ampliarán el conocimiento de sus predecesores. La parte más notable del capítulo trata sobre las distintas versiones de cómo se distribuyen los planetas en un sistema: la egipcia, la pitagórica, la de Platón y la de Tycho Brahe: todas se dan allí junto a la de Copérnico, la más acertada.

La segunda división, "De la tierra, el agua, el aire, el fuego y la luz", confiere predominio al tema Tierra, cuyo nombre es ambiguo, según el sentido en que se tome (¿contrapuesto al cielo?, ¿al mar?, como elemento); sin embargo, la realidad que connota el concepto tiene una grata función: "prestar a los vivientes un domicilio firme y estable y suministrar alimento". Se nombran también los elementos aristotélicos, constitutivos de los mixtos, y los fluidos. Los últimos dos capítulos se refieren a temas de tipo biológico: "De la naturaleza vegetal y de las potencias materiales (sentidos) del ser animado". El vivir, para el autor, es tender a un objeto; el morir es no tender a él, pero no siempre que el hombre deja de tender a la materia muere: "la vida es un movimiento requerido por un móvil perpetuo". El tema del alma, que trata más adelante, tiene que ver con la concepción aristotélica del acto y la perfección primera del cuerpo. Las plantas, por su lado, tienen vida porque poseen una facultad de crecer y aumentar; éste es el paso de una menor a una mayor sustancia, implica la unión de una nueva materia con una anterior y con una forma viviente.

A lo largo del texto se alcanzan a percibir las diferencias entre las corrientes tomistas y jesuitas, entre lo científico y lo religioso, que no dejará de lado en ningún momento; no acepta ciertas concepciones fuera de los preceptos bíblicos. El libro termina agradeciendo a la Virgen

—Madre de la sabiduría— y al padre san Ignacio. El hecho de que exista este estudio es más que suficiente para manifestar que la época sí nos dejó una herencia, que hay huellas.

SILVIA M. CRISTANCHO BERNAL



Verdes máquinas del tiempo

Parques arqueológicos

Roberto Lleras, Alvaro Chávez, Ana María Groot

Colcultura-Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá, 1990.

El peso de presentar los tres parques arqueológicos que son aquí analizados —San Agustín, Tierradentro y Tairona— descansa sobre los arqueólogos Roberto Lleras, Alvaro Chávez y Ana María Groot de Mahecha. Autores éstos que realizaron un gran esfuerzo por sintetizar un sinnúmero de artículos, ensayos y libros sobre cada una de las tres regiones arqueológicas enumeradas. Centaron su atención en el medio geográfico, el patrón de poblamiento, la organización social y política, la economía, la religión, la artesanía, los vestigios de poblamiento, y destacaron, tanto visual como descriptivamente, en cada uno de los parques el elemento cultural más representativo (la estatuaria de San Agustín, las tumbas y la esta-

tuaria de Tierradentro, las terrazas de cultivo y las obras civiles de la Sierra Nevada de Santa Marta).

Entre los mencionados autores existen evidentes diferencias en la forma como redactaron sus artículos. Lleras y Groot están más apegados al tradicional informe arqueológico (descriptivo, lleno de cuadros comparativos, sin mucha prosa), aunque son muy rigurosos en los datos. En cambio, Chávez es mucho más suelto en su estilo; los años pasados en Tierradentro le permiten escribir fluidamente, sin dejar de ser científico.

Acompañan a los artículos sobre los parques cinco trabajos, menos largos que los reseñados, de cuatro autores: Marianne Cardale de Schrimpf, Leonor Herrera (dos ensayos), Gonzalo Correal Urrego y Carlos Alberto Uribe Tobón, que tienen como objeto complementar, explicar y ahondar en ciertos problemas relativos al oficio de arqueólogo, al papel que cumple un parque arqueológico, etc.

El primero de estos artículos se titula "Parques de hoy vivencias del pasado", de Marianne Cardale de Schrimpf, y es una presentación general de los seis ensayos que forman el libro, así como un somero balance de cómo la arqueología y otras disciplinas han podido determinar trascendentales hechos sobre el pasado no escrito del hombre: origen, proceso de evolución, adaptación al medio ambiente, etc. Termina con una advertencia sobre el peligro que corren los diferentes sitios arqueológicos del país, pues ya no sólo es el gUAQUERO el gran enemigo de los vestigios arqueológicos: son los bulldóceres, la dinamita, el concreto... En fin, el progreso y el desarrollo están acabando con la memoria cultural de nuestros antepasados y, por ende, con nuestro patrimonio. Para evitar que el proceso sea tan lesivo, porque irreversible sí es, Marianne Cardale sólo encuentra una solución: educar al colombiano sobre el respeto que merecen tales vestigios, para lo cual los parques arqueológicos cumplen una función didáctica esencial, puesto que en ellos el público puede apreciar reconstrucciones más o menos fieles de la forma como vivían los hombres del pasado.